

Coyunturas míticas (parte II y final)

MANOLO E. VELA
CASTAÑEDA *



MANOLOVELA@IBEROMX

El golpe de Estado del 23 de marzo de 1982 marca otro momento clave en la línea de eventos que llevaron al genocidio. Pero ¿cuál es su significación?

El 23 de marzo marcó el rompimiento con un orden político –salvaguardado por el Ejército– en decadencia. El juego de intereses adentro del Partido Institucional Democrático, el PID, el partido de los militares; las relaciones de poder alrededor del general Lucas García; el uso reiterado del fraude en las elecciones; y la corrupción, fueron algunos de los factores que descarrilaron al régimen “luquista”. Entre las elecciones, celebradas el 7 de marzo, y el día 23 de ese mismo mes, se desató una serie de confabulaciones políticas que hallaron adherentes en el Ejército. Pero ya con anterioridad, varios golpes de Estado habían empezado a planearse.

El propósito estratégico del golpe de Estado fue el desplazamiento de la cúpula militar que rodeaba a Lucas García, y el desalojo del liderazgo político del PID. No fueron razones de contrainsurgencia. Los estrategas militares, que tomaron la decisión de las fuerzas de tarea, llevaban ya casi cinco meses –desde noviembre de 1981– “reconquistando” territorios y poblaciones –y cometiendo actos de genocidio– en el área rural. En la Ciudad, antes de marzo de 1982, el Ejército ya había neutralizado a una parte de las guerrillas urbanas. No le corresponde, por tanto, al régimen de Ríos Montt ser considerado el héroe por el mantenimiento del orden estatal frente a la supuesta amenaza insurgente. Hacia marzo de 1982, la guerra no era ya un asunto de corto plazo. Los verdaderos “héroes” de la guerra de contrainsurgencia en Guatemala fueron el general Benedicto Lucas García, jefe del Estado Mayor General del Ejército; y el coronel Héctor Ismael Montalbán Baires, jefe del Estado Mayor Presidencial y director del Centro de Recolección de Información, el CRIIO. Pero cuando en una guerra se cometen actos de genocidio no hay lugar para los héroes. Ríos Montt fue un continuador entusiasta.

Estados Unidos vio en el régimen de Ríos Montt una oportunidad para reorganizar la política. Antes de las elecciones de marzo de 1982, Estados Unidos intentó –por diversos medios– convencer a la cúpula luquista de que el momento de retirarse del control del gobierno había llegado. Lo que Estados Unidos pretendía era que el Ejército se



ILUSTRACIÓN VÍCTOR MATAMOROS > EL PERIÓDICO

centrara en hacer la guerra; las elecciones “libres” (entre los partidos políticos “permitidos”) serían una pieza más de la estrategia contrainsurgente. Así fue como pretendieron hacer parecer al régimen de Ríos Montt como un régimen “presentable”. En privado, en los cables diplomáticos, ahora documentos desclasificados, daban cuenta y advertían de las atrocidades que el régimen cometía.

El 27 de junio de 1954 (la renuncia del presidente Árbenz); el 13 de noviembre de 1960 (el alzamiento militar que abriría el camino de la lucha armada); el 31 de marzo de 1963 (el golpe de Estado contra el presidente Ydígoras Fuentes); del 2 al 5 de marzo de 1966 (cuando la desaparición forzada de “los 28”); el 4 de noviembre de 1981 (cuando la reunión en la que se acuerda modificar la estrategia, crear las fuerzas de tarea e iniciar los actos de genocidio); y el 23 de marzo de 1982 (con

el golpe de Estado contra el presidente Lucas García), constituyen los eventos determinantes en el camino que llevó al genocidio guatemalteco. En 1954 nadie podía advertir lo que tres décadas más tarde iba a acontecer. Uno a uno, estos eventos fueron reforzando la ruta que llevó a esta tragedia humana de grandes dimensiones. 1954 dejó instalado el afán de venganza anticomunista; 1960 señaló –a una parte de la oposición política– una forma de emplear la violencia, con la guerra de guerrillas; 1963 llevó a los militares a ser los garantes del orden estatal; 1966 advirtió de las capacidades asesinas que el aparato estatal ya había perfeccionado. Estas coyunturas, verdaderos puntos de anclaje, hacen parte de una genealogía del genocidio guatemalteco.

¿Quiere usted enterrar este pasado? Lo mejor que le puede pasar a estas his-

torias es que se hagan historias conversadas alrededor de una mesa, de muchas mesas. Le corresponde a las nuevas generaciones de cientistas sociales e historiadores desentrañar estas coyunturas a fin de explicarnos mejor –más allá de las narrativas de héroes y villanos– sus significados, múltiples y que estarán siempre envueltos en la polémica. Estos son fragmentos de nuestro pasado, trágico, sí; pero también compartimos un futuro.

Profesor-investigador de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Sociólogo guatemalteco, egresado de la Universidad de San Carlos. Maestro en Ciencia Política por la Universidad Rafael Landívar. Entre 1999 y 2003 fue profesor en ambas universidades. Doctor en Ciencia Social por El Colegio de México.